El pensamiento crítico en la Sociedad de la Información

El pensamiento crítico ha de acompañarnos como imprescindible en la Sociedad de la Información, y en su álter ego, la denominada economía del conocimiento y la innovación. Constituye una exigencia creciente en la tarea cotidiana de traducir la información a conocimiento sólido y aplicable, es decir, de asignar significado a los significantes, para aprender, tomar decisiones y actuar.

JOSÉ ENEBRAL FERNÁNDEZ, Consultor de Alta Capacidad
jenebral@altacapacidad.com

Como hábito, la criticidad viene siendo en general rechazada, aunque con mesura y ánimo constructivo resulte saludable; pero, al hablar ya de "pensamiento crítico", manejamos otro concepto: un concepto muy amplio que, relacionado con la calidad de nuestro pensamiento, hemos de desplegar convenientemente.

Al referirnos a los pensadores críticos estamos haciéndolo a quienes piensan con esmero, asegurando la validez de cada inferencia, dudando de su propia percepción de las realidades y cuestionando también el rigor y el propósito de cada información, antes de darla por buena: son personas que, con la información, se muestran exigentes y aun, en cierto modo, desconfiadas. Puede haber opiniones distintas, y sobre todo distinta interpretación de las palabras, pero yo no relacionaría demasiado el pensamiento crítico con el escepticismo, y me quedo con la visión general que del primero ofrezco al lector.

No podemos asumir el liderazgo de nuestra trayectoria personal sin cultivar este modo perspicaz y juicioso de pensar. Cuando damos por buenas las síntesis o conclusiones de los demás, estamos cediendo protagonismo y renunciando a nuestra plenitud de seres humanos. Sin duda, la independencia en el pensar –el pensamiento crítico– constituye un valor cardinal, especialmente en quienes han alcanzado suficiente grado de desarrollo personal y profesional; no hablamos de sumarse a corrientes críticas ni de militancias opositoras, sino de controlar nuestro pensamiento: de desplegar un control de calidad.

Inexcusable en la percepción de realidades, este modo autocontrolado de pensar habría de empezar por el cuestionamiento propio, para mejor conocernos; pero sin duda lo necesitamos igualmente para evitar falsos aprendizajes, evaluar la información con mayor acierto, abrir nuestra razón a nuevas consideraciones, abordar la complejidad, *dar en el hito* (o *dar en el clavo*) y llegar a

FICHA TÉCNICA

Autor: ENEBRAL FERNÁNDEZ, José.

Título: El pensamiento crítico en la Sociedad de la Información.

Fuente: Capital Humano, nº 209, pág. 104, Abril, 2007.

Resumen: Para el autor de este artículo el pensamiento crítico es una competencia clave que evita falsos aprendizajes. La importancia de desarrollar esta competencia en las organizaciones, para ser eficaz y competitivo, especialmente ahora en la sociedad de la información está más que justificado. El artículo insiste también que el individuo, directivo o trabajador, ha de ser un observador crítico ante la información que le llega y pone especial énfasis en que este pensamiento crítico es un pensamiento de excelencia, abonado a la objetividad y el rigor, y que este pensamiento de alta calidad contribuya a la efectividad y la calidad de vida profesional.

Descriptores: Conocimiento/ Información/ Crítica/ Gestión

mejores conclusiones. Estamos apuntando a la calidad en el pensamiento, lo que refuerza nuestra efectividad e incluso nuestra calidad de vida.

Al hablar de la Sociedad de la Información, a menudo nos referimos simplemente a la revolución informática; pero, más allá de la tan postulada alfabetización digital, hemos de desarrollar nuestra alfabetización o destreza informacional: aquella que, inseparable del aprendizaje permanente, nos permite llegar al conocimiento valioso y aplicable, en pro, y en pos, de mejores cotas de productividad y competitividad en las empresas.

Déjenme recordar ya un párrafo de *The Delphi Report* (1990), de la American Philosophical Association: *"El pensador crítico ideal es habitualmente inquisitivo, bien informado, de raciocinio confiable, de mente abierta, flexible, justo en sus evaluaciones, honesto en reconocer sus prejuicios, prudente para emitir juicios, dispuesto a reconsiderar las cosas, claro con respecto a los problemas, ordenado en materias complejas, diligente en la búsqueda de información relevante, razonable en la selección de criterios, enfocado en investigar y persistente en la búsqueda de resultados que sean tan precisos como el tema/materia y las circunstancias de la investigación lo permitan".*

Puede que no estemos prestando suficiente atención a este movimiento *(critical thinking movement)* que se impulsó en la década anterior, y que cabe asociar ya con la inquietud por la excelencia informacional en las empresas. La traducción de información a conocimiento, para asegurar la efectividad de cada decisión y acción, exige diferentes fortalezas y facultades, y entre ellas buena dosis de pensamiento crítico: una competencia clave que nos evita falsos aprendizajes.

PENSAMIENTO CRÍTICO Y DESTREZA INFORMACIONAL

Se diría que disfrutamos de abundancia de información, pero no siempre responde ésta a nuestras expectativas o necesidades. No podemos creer todo lo que se nos dice o lo que leemos, ni ignorar los propósitos subyacentes en cada hecho o cada información. Cuando vamos a documentarnos, cuando nos disponemos a aprender, hemos de dotarnos, entre otras facultades personales, de tenacidad, perspicacia, sagacidad, intuición y, desde luego, pensamiento crítico. La información puede ser rigurosa y clara, pertinente y valiosa, amplia y oportuna; pero también puede contener errores o imprecisiones, servir a intereses espurios, resultar confusa o incoherente. No estamos hablando de la prensa del corazón, ni de los medios cotidianos

Los pensadores críticos son los que piensan con esmero, asegurando la validez de cada inferencia, dudando de su propia percepción de las realidades y cuestionando también el rigor y el propósito de cada información antes de darla por buena

de información: estamos ahora centrados en la que, directivos y trabajadores, manejamos para nuestro desempeño profesional y nuestro aprendizaje permanente.

Fue también en los primeros años 90 cuando surgió el movimiento de la *information literacy* (destreza informacional) entre documentalistas y universidades, al tenerse ya conciencia de la necesidad del *lifelong learning* (aprendizaje permanente), y empezarse a percibir el significado de la denominada Sociedad de la Información. Por entonces *(Doyle, C.S. 1992, "Final Report to National Forum on Information Literacy", ED 351-033)*, Christina Doyle decía que la persona informacionalmente diestra:

- Admite que una completa y certera información sustenta la mejor toma de decisiones.
- Es consciente de la necesidad de la información.
- Formula preguntas acordes con sus necesidades de información.
- Identifica las fuentes potenciales de información.
- Desarrolla acertadas estrategias de búsqueda.
- Utiliza diferentes tecnologías para acceder a la información.
- Es capaz de evaluar la información.
- Puede organizar la información para facilitar su aplicación.
- Incorpora la información a su acervo de conocimientos.
- Utiliza la información en sus procesos mentales, por ejemplo para solucionar problemas.

Pronto se avanzó en el despliegue de competencias de la denominada alfabetización o destreza informacional, y sin duda el pensamiento crítico resultaba capital. Entre las fortalezas y habilidades (tanto intrapersonales como funcionales u operativas) del individuo informacionalmente diestro, cabría destacar:

- Afán de aprender.
- Tenacidad.
- Intuición.
- Perspicacia.
- Serendipidad.
- Integridad.
- Pensamiento crítico.
- Estrategia de búsqueda.
- Manejo de herramientas.
- Lectura selectiva.
- Evaluación de la información.
- Comprensión y síntesis.
- Conexiones y abstracciones.
- Aplicación sinérgica y sistémica.

También en los primeros años 90, surgió en el mundo empresarial la idea de la gestión del conocimiento (*knowledge management*), aparecida para superar las prestaciones de los entonces vigentes sistemas de gestión de la información. Los informes ofrecidos por los ordenadores no siempre permitían acertar con las decisiones, y se vino a pensar que, más allá de gestionar la información, había que hacer una idónea gestión del conocimiento. Ya en este siglo XXI, los tres movimientos –pensamiento crítico, destreza informacional y gestión del conocimiento– convergen plenamente, y nos mueven a buscar siempre la información necesaria, a traducirla con esmero a conocimiento, y a dar curso a éste en las organizaciones, en beneficio colectivo. Disponemos de mucha información, pero hemos de distinguir bien la más valiosa, de la que resulte confusa, desorientadora o falsa.

EJEMPLOS Y REFLEXIONES

El lector habrá leído con confianza e interés muchas informaciones, pero también habrá típicamente sentido desconfianza o recelo al leer otras. Puede haberse servido de la razón o de la intuición, pero habrá experimentado alguna vez la duda al leer, y decidido contrastar los datos, las fuentes, en busca de la verdad.

Hace poco, en un libro español reciente sobre dirección de personas en las empresas, leí, por ejemplo: "La dirección por objetivos reduce al obrero a una herramienta viviente, con esquemas de bonos diferenciales para inducirle a emplear hasta la última gota de energía. No podemos –continuaba el texto– sino rechazar una forma de gobierno que no ve al ser humano como integral". Aquí, el lector podría dar por bueno este juicio sobre el conocido sistema de Dirección por Objetivos (DpO), ya que el libro venía avalado por dos empresas consultoras de prestigio; pero, un pensador crítico que conociera la DpO, habría probablemente quedado sorprendido por la afirmación formulada, y, tratando de contrastarla, habría descubierto pronto en Internet que se trataba de una frase textualmente traducida de otra, escrita en inglés (*…the reduction of the workman to a living tool, with differential bonus schemes to induce him to expend his last ounce of energy…*) por Edward Cadbury en torno a 1914, que se refería a prácticas derivadas del taylorismo, y no, en modo alguno, a la DpO (que aparecería varias décadas después).

En cuanto a libros generados en otros idiomas, sabemos que muchas traducciones –casi todas– son espléndidas; pero también recuerdo que algunos fallos encontrados me hicieron perder, alguna vez, confianza en lo que leía. Es una pena que informaciones y opiniones valiosas resulten desvirtuadas en la traducción, y puedan generar incluso aprendizajes falsos. En breve digresión, yo recordaría aquí igualmente que también los errores lingüísticos reducen a veces la confianza del lector en el rigor de lo que lee.

Naturalmente y sin ir más lejos, algunos medios impresos cotidianos parecen asimismo poner a prueba a veces nuestro pensamiento crítico, mediante la manipulación de noticias, tanto en textos escritos como en fotografías. E igualmente, en algunas empresas la comunicación interna adolece a veces de cierto cinismo, desplegado quizá sobre la inveterada creencia de que la población carece de suficiente capacidad para detectar el engaño. No cabe, de ninguna manera, generalizar, pero sí que en ocasiones parece subestimarse en las empresas la capacidad intelectual de los subordinados. Sin duda, para quienes manejaran la manipulación o el engaño como herramienta de gestión, el pensamiento crítico de su audiencia constituiría una seria barrera; pero convengan conmigo en que no podemos postular, sino cuestionar y aun condenar, la mentira y el manipuleo, desde diferentes perspectivas.

En la medida en que necesitemos directivos y trabajadores que piensen, necesitamos que lo hagan con esmero y efectividad. Si limitamos a alguien a obedecer, le estamos limitando también su capacidad para que piense

UN PENSAMIENTO DE CALIDAD

Ciertamente, el individuo, directivo o trabajador, ha de ser un observador crítico ante la información que le llega. Insistimos en que el pensamiento crítico es un pensamiento de excelencia, abonado a la objetividad y el rigor, y que este pensamiento de alta calidad contribuye a la efectividad y la calidad de vida profesional. Para Richard Paul y Linda Elder, y a este fin, nuestro pensamiento habría de dotarse de independencia, integridad, humildad, empatía, imparcialidad, entereza, perseverancia y subordinación a la razón. El pensador crítico es por lo tanto humilde, pero exigente, audaz y valiente; perspicaz, agudo y penetrante, casi como el famoso personaje de Doyle; tenaz y perseverante, aunque flexible y razonable; independiente e íntegro, sin olvidarse por tanto de la ética en el manejo de la información; e imparcial, justo, sin dejar de ser empático. De este modo nutrimos nuestra objetividad, y resulta más sencillo aproximarnos a las realidades, que siempre se nos escapan, empero, en alguna medida.

De una parte, la neurociencia nos va advirtiendo de que el cerebro prefiere una información inexacta, si parece encajar, a un vacío de información; dicho de otro modo, cuando le falta información, el cerebro tiende a conjeturar, a inventarla, incluso sin que la malicia actúe, es decir, de buena fe. De otra parte y fruto de nuestra educación, supuestos, prejuicios o creencias, tendemos a hacer inferencias rápidas que deberíamos lentificar y asegurar. Y además, siendo también portadores de inquietudes, anhelos, emociones e intereses (a veces legítimos, a veces espurios), podemos padecer parciales cegueras que igualmente desvirtúan las realidades. Ya se ve que la objetividad tiende a escapársenos.

Para desplegar dimensiones, ponemos adjetivos y hablamos de pensamiento conceptual, analítico, reflexivo, sintético, lineal, paralelo, exploratorio, convergente, automático…; hay obviamente solapes, y además diferentes "tipos" de pensamiento concurren ante cada asunto que reclame nuestra atención. Pero la idea de pensamiento crítico –que situaríamos al nivel del pensamiento estratégico, sistémico, creativo o abstractivo– añade solvencia, fiabilidad, inteligencia, calidad: manejamos con rigor los conceptos (rigor conceptual); reconocemos los sistemas, y observamos causas y consecuencias; penetramos en el análisis de situaciones; nuestra reflexión se hace más aguda; nuestra síntesis, más segura; nuestras deducciones, más sólidas; nuestras ideas, más valiosas… Poco que ver con lo que entendemos por criticidad compulsiva, o por escepticismo.

CRITICIDAD Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Quizá procede insistir ahora en la diferencia entre lo que consideramos en la empresa una persona crítica, y lo que entendemos por pensador crítico. El crítico es, en efecto, mal visto en las organizaciones: a menudo se le considera un individuo negativo y, por decirlo así, se le pone bajo observación. Seguramente, el crítico está siendo injustamente tratado, en general; pero en todo caso, el de pensador crítico es otro concepto, y subrayemos diferencias.

Entendemos que el individuo crítico:

- Busca defectos, fallos.
- Presenta actitud negativa.
- Cree poseer buen juicio.
- Se precipita en las inferencias.
- Genera desconfianza e inseguridad.
- A menudo tiene reproches.
- Ve lo malo.
- Identifica fracasos y culpables.
- Denota insatisfacción.
- Admite todo lo que avala sus juicios.

Entendemos que el pensador crítico:

- Busca verdades.
- Presenta actitud exploratoria.
- Quiere poseer buen juicio.
- Lentifica las inferencias.
- Genera confianza y seguridad.
- A menudo tiene dudas.
- Acaba viendo lo oculto.
- Identifica causas y consecuencias.
- Denota curiosidad.
- Contrasta toda la información.

Sin duda podríamos destacar otras diferencias, pero probablemente no hace falta. Podemos observar con prevención al crítico o al escéptico compulsivos, pero, en las empresas del saber, hemos de catalizar la presencia del pensamiento crítico, del pensamiento autocontrolado, tanto en directivos como en trabajadores.

MENSAJE FINAL

Hemos hablado de distintos movimientos oportunos en torno a la Sociedad de la Información, y podríamos haberlo hecho igualmente del movimiento de las competencias (*competency movement*), de creciente reflejo en las iniciativas de formación continua: desarrollar en los individuos los rasgos competenciales exigidos por su trabajo actual y futuro. Sin embargo, los modelos de competencias, aunque alineados con la idea del aprendizaje permanente, no están quizá prestando suficiente atención al pensamiento crítico (ni al autoconocimiento, ni a la intuición, ni a las fortalezas personales, ni a la empatía…).

En la medida en que necesitemos directivos y trabajadores que piensen, necesitamos que lo hagan con esmero y efectividad. Cuando, en las empresas, limitamos a alguien a obedecer, lo estamos limitando mucho, muchísimo; si queremos que también piense –o que, sobre todo, piense–, hemos de catalizar el cultivo del pensamiento crítico. Las iniciativas de formación continua deberían tal vez prestar mayor atención a esta necesidad, en beneficio de las cotas de productividad y competitividad perseguidas. Lejos de sofocar el pensamiento crítico, cultivémoslo y facilitemos su cultivo.